

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

N

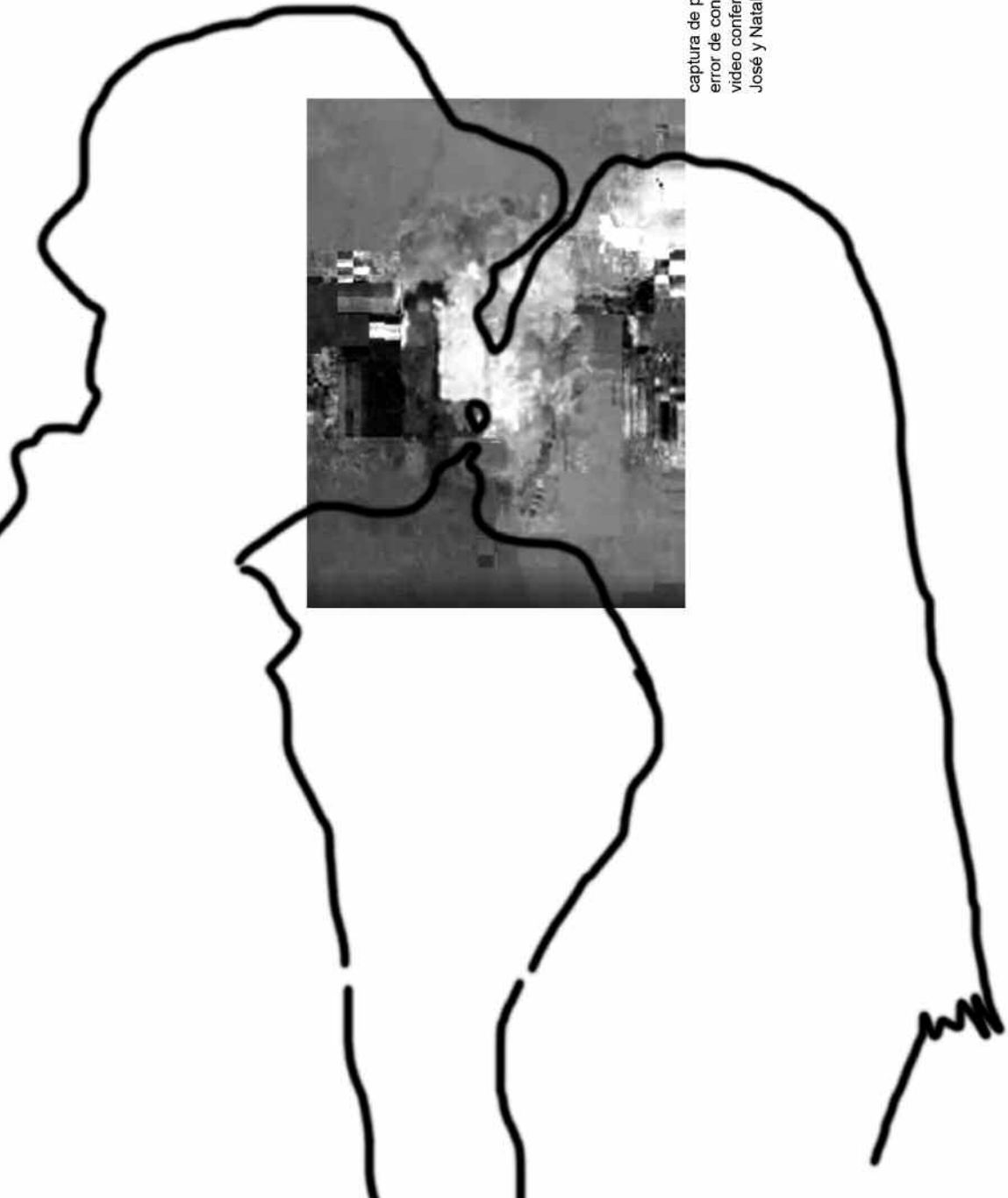
E

S



**XXIV CONCURSO INTERNACIONAL  
DE RELATOS CORTOS  
“JUAN MARTÍN SAURAS”**

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN



captura de pantalla  
error de conexión  
video conferencia  
José y Natalia

# Primer Premio

## Re.viviendo

### Ángeles del Blanco Tejerina\*

Nací dúctil y esbelta como un junco, al menos eso dijo mamá nada más verme. Y como junco crecí, manejada por la brisa, la corriente y la vida, siempre meciéndome al ritmo de otros. Cuando me deslizo memoria abajo me estrello contra un tapiz, unas punteras y un maillot relleno de hambre. Apetito de pan y de afecto. Mi elegante osamenta rozó poco pupitre y mucho gimnasio, disciplina, sacrificio, soledad y báscula. Contrastando con Luci, mi hermana, planta carnosa que trepó la infancia desinhibida y libre. Ella me admiraba tanto como yo la envidiaba.

Revivo (o remuero) días y meses de ensayos robados al colegio, al parque, incluso al sueño. Regresaba a casa, sin sol ni fuerzas, donde me esperaban deberes desganados y una cena escuálida. Mientras Luci parlotaba entre bocados de hamburguesa, mamá calculaba las calorías de mi plato y papá... papá conducía el taxi número 27, las bolsas de sus ojos contenían 27 vidas naufragadas, tan grises como la carrocería del coche. Anunciaba su llegada tirando las llaves en una bandejita de la entrada, con aquel estrépito bajaba la bandera del taxi e izaba la del desaliento, el suyo y el mío. A veces, nuestras frustraciones se cruzaban planeando sobre los platos, se reconocían y se esquivaban avergonzadas. Impotencia compartida. Cuando intuía un simulacro de sonrisa en su cara, significaba que encontraría una chocolatina en mi estuche, y esos pequeños gestos eran nuestra íntima y única victoria. Un puente de humo entre su isla y la mía, roto con un simple parpadeo. Me adormecía masticando su secreto, en un cuarto empapelado de fotos, trofeos y medallas. Mientras Luci dormía rodeada de cantantes, música y gominolas. Al despertar, ella preparaba exámenes y yo mejoraba flexibilidad, todo para alimentar la insaciable obesidad mórbida del ego materno.

Antes de cada competición me arremetía un sueño recurrente: *El cuerpo pueril y elegante de una niña, vano de carne, grasa y emociones, estirándose en pleno vuelo entre mazas, aros y pelotas, adoptando posturas imposibles. La pequeña danza en el aire con la cinta multicolor, enredada en sus brazos, su cuello y su vida. El público aplaude enfebrecido mientras ella se asfixia. Diez. Nueve noventa. Diez. Medalla de oro. El metal al cuello pesa, pesa mucho, su espalda se*

\* Ángeles (Gelines) del Blanco Tejerina nació en Las Muñecas, pequeño pueblo de León en el valle del Tuéjar; en la actualidad reside en San Andrés del Rabanedo (León).

Hace unos años se matriculó en los cursos de extensión universitaria sobre escritura creativa que imparte Manuel Cuenya en la Universidad de León (ULE) y desde entonces ha obtenido numerosos premios en los certámenes literarios en los que ha participado. Citamos solo algunos de los primeros premios más recientes. En 2018: I Concurso Literario Nuestras Tradiciones-Ciudad de Astorga; Certamen de Relatos Breves sobre Igualdad de Género, Ayto. Aranda de Duero; III Concurso de Microrrelatos de la Comarca de las Cuencas Mineras; III Certamen Internacional de Relatos Cortos sobre la Minería del Carbón. En 2019: VIII Certamen de Relatos Pablo de Olavide (Ayto. La Luisiana, Sevilla); I Certamen Internacional de Cuentos Juan Bosch (organizado por el Centro Cultural Juan Bosch junto a la Asociación Cultural y de Cooperación al Desarrollo Biblioteca República Dominicana) y XLVIII Concurso Internacional de Cuentos de Guardo.



captura de pantalla  
error de conexión  
última llamada del día  
Nuria y Rafa

*arquea, más y más. La pequeña larva se arrastra hasta la mesa y suplica al juez que le cambie el oro por un trocito de bizcocho y un abrazo. Él la aplasta con el pie. No sirves para esto, inútil. Despierto sudando.*

Faltaba un mes para cumplir trece años y dos para el campeonato nacional, cuando me lesioné. Mamá se derrumbó, vi en sus ojos el color del desencanto disfrazado de preocupación. El gabinete de crisis, formado por ella, el psicólogo y el entrenador tomó medidas. Tenían que rentabilizar al junco, moldearlo a su antojo, abillantando medallas, protagonizando titulares, exprimiendo savia hasta secarme. Ellos nunca se rendían y yo no tenía fuerzas ni para oponerme. Más vitaminas, más natación, antiinflamatorios y más disciplina. Más y más. Un perro junco adiestrado: estira, salta, arriesga más, come menos, ¡tú puedes! El entrenador, ante mi abatimiento, multiplicó atenciones, masajes y frases envasadas que sonaban lejanas, porque mi mente estaba rumbo a casa.

Mi padre me esquivaba, sus hombros parecían arrastrar un infinito cansancio, y la mirada ya era gris marengo, como los cardenales de mi cuerpo. Papá ven a buscarme, me duele mucho. Él dijo que iría, pero no fue. O tal vez sí. Nunca lo sabré. Al acercarse el campeonato, aumentaron la presión y las exigencias del entrenador. Me daba masaje antes del ensayo, incluso después, aunque llorara suplicando una tregua, un respiro.

Era mayo y era tarde, me pesaban los millones de meses que caben en trece años, el vendaje me oprimía, tenía el estómago revuelto y necesitaba morir. Pero no sabía cómo. *Esta crema te aliviará*, decía el entrenador, unguento y mano oprimiéndome la piel. ¿A que te sientes mejor? Un NO rotundo rebotaba por mi cabeza sin encontrar la puerta de salida. Aquella noche no cené ni las escasas calorías permitidas. Vomitaba. Mamá estaba feliz porque bajé trescientos gramos. Papá se acostó sin cenar.

Llegó el día del campeonato. Aislamiento, concentración, báscula y cuerpo. En el vestuario, el entrenador y yo. Y los últimos consejos, que no escuché porque mi mente estaba ausente. Las gradas abarrotadas, los jueces serios, hieráticos. No les mires, me decía a mí misma. Música dentro: cinta y niña volando, mis piernas como sables cortando aire ¡zas, zas, zas! No sentía la presión, ni el dolor, solo rabia. Hazlo, tienes que hacerlo, me repetía. Pero ¿cómo? ¡Zas, zas, zas! Debo centrarme en el ejercicio. Doble giro sobre media punta, otro y otro, *fouetté, rondé, passé*. ¡Clavado! Aplausos, aplausos atronadores y yo en el suelo desmadejada y sola, saludando con elegancia ensayada, masticando odio mientras esbozaba la sonrisa aprendida, boca niña embadurnada de carmín y asco. Mamá y Luci felices, me saludaban desde la gradas. Pero yo solo pensaba en papá y sus ojeras, su cuerpo, un accesorio más del coche numerado, transportando vidas ajenas, y maletas llenas de recuerdos y risas de aquí y de allá. Él, escuchando y añorando esa alegría forastera y esas bocas llenas de proyectos... Quería verle, llorar juntos mi éxito, nuestro fracaso.

Pero había celebración en el vestuario: abrazos anoréxicos, risas salpicadas de purpura, peinados despeinados, niñas que partían rumbo al abrazo de sus padres y a sus camas infantiles. Todas menos yo, porque el entrenador estaba pletórico y quería felicitar me personalmente. Estrenaba sonrisa y frasco de crema.

Me palpitaba el tobillo, la cinta, el aro y los cuarenta kilos de junco. Piernas y ánimo repentinamente agotados, inmóviles, vencidos. Puso crema en la palma de sus manos y las ajustó al tobillo, presionando con fuerza, masajeando, a continuación, sus dedos, como serpientes amaestradas reptaban por mis rodillas en busca del muslo conocido.

Y allí se detenía y recreaba antes de apartar mi maillot nuevo. El tacto era venenoso, viscoso y su voz silbante en mi oído: “Lo has hecho muy bien, ahora disfruta nuestro secreto, tú puedes, tú sabes, tú quieres”... y yo no podía, ni quería, ni sabía cómo desenredar aquel cuerpo repulsivo. Cerraba ojos y oídos y suplicando a uno de los santos de mamá que terminara pronto, para refregar mi cuerpo hasta hacerme herida. Pero ese día fue distinto. Acababa de ganar un oro y me sentí con energía suficiente para sumar otra victoria. Llegó el fogonazo, como un rayo en mi tormenta: doble salto mortal ¡zas, zas, zas! activé músculos y salí corriendo. Aquel fue el mayor triunfo de mi carrera deportiva, sin público, sin medalla. Sin futuro, porque él me lo había segado. Semidesnuda, semidescalza pero impulsada por un repentino brote de supervivencia crucé el gimnasio.

Afuera estaba el mundo envuelto en un gran nubarrón. El taxi número 27 esperaba a la puerta del gimnasio. Papá vencido sobre el volante parecía un niño sin recreo. Un grito en la garganta. Un soldado sin armas. Estuvimos un tiempo que bien pudo ser una vida, paralizados, mirando al frente, al abismo que se abría justo donde terminaba el capó. Él hundido en su asiento y yo en el mío. Compartiendo lodo. Mis lágrimas rodaban por sus pómulos, las suyas encharcaban mis mejillas. Me cubrió con su chaqueta, sacó dos chocolatinas de la guantera y me las puso en la mano. Algo había cambiado en él, tenía un gesto desconocido y una extraña mueca parecida a una sonrisa. Me agradó la fusión dulce y salado en la boca, por unos segundos mi mente voló en esa sensación.

El coche, cómplice, deambuló por la ciudad, dando vueltas y más vueltas, regalándonos tiempo para agotar lágrimas, retrasando la vuelta a casa, a la vida de mamá y Luci, a su inflamable euforia, tan ajena a nosotros. Tan doliente cuando las heridas están abiertas.

Jamás volví a entrenar. Al entusiasmo materno le siguió el color del fracaso, se lo tomó a cucharadas, despacio, como un jarabe amargo. Desesperada ante la lentísima mejoría de mi lesión, me arrastró a las mejores clínicas deportivas, al fisioterapeuta de moda, incluso se encomendó a su santo de cabecera. Pero no había prueba médica ni suficientes nombres en el santoral que pudieran diagnosticar el grado, ni el nombre de la dolencia que me habitaba, tampoco existían terapias ni milagros que consiguieran liberarme de ella. Sólo papá y yo sabíamos que los esguinces de alma son incurables. De hecho los días húmedos se resiente, y los sábados vacíos, las noches insomnes y los meses pares, las primaveras verdes y los niños pequeños. Todo duele, duele todo.

Envejecía agosto cuando ocurrió el fatídico accidente: “Muere un empleado del polideportivo atropellado por un taxi, al cruzar la calle, despistado”. Una reseña en la página de sucesos, una esquela pagada por su esposa, donde leí y releí el nombre de su hija de trece años. Como yo, pero sin esguince. Todas mis compañeras de equipo asistieron llorosas al funeral, yo no pude, por temor a que se me escapara por los ojos aquella diminuta alegría que había germinado en mí, y estaba en pleno crecimiento. Papá también asistió al sepelio, por quedar bien de cara a la justicia, dijo él en plena cena. Para asegurarse de que aquel monstruo quedaba bien abajo, pensé yo. Tras el juicio, perdió la licencia y las ojeras, se le relajó el gesto y se desabrochó su mente. Durante horas, abrillantaba la carrocería del coche tan jubilado como él, su herramienta de trabajo. Su única arma. Poco a poco se le abrieron las costuras de la memoria y se le cayeron los recuerdos, unos los recuperó, otros no podía. O no quería.

Pasé muchas, muchísimas tardes sentada a su lado, mirando al jardín, hablándole de todo y de nada, recuperando palabras de una vida no hablada. Intentando tender puentes



entre su laberinto y el mío, tan livianos que enseguida se desmoronaban y caían con el estrépito de las catástrofes internas. Sus cimientos y los míos estaban demasiado dañados. Alguna mañana clara, cuando se levantaba con la mente un poquito despejada, me asomaba al fondo de sus ojos vidriosos, y me parecía vislumbrar un cansancio antiguo, y la misma nube gris que volaba sobre el taxi número 27 el día que me rescató de... de mí misma. Y se invertía la escena. Le cubría los hombros con la manta de cuadros y colocaba en su mano de celofán, las únicas manos de hombre que he permitido rozar, una chocolatina, entonces le nacía una sonrisa infantil y triste, que me recordaba aquella fusión dulce y amargo que no conseguía quitarme del paladar. Que me ardía. Aún arde.

La esquila pinchada en la pared de mi cuarto, junto a las medallas y trofeos era mi mayor éxito. Homenaje a mi entrenador decía mamá. Homenaje a mi padre, sabía yo. En aquel cuadrilátero negro intenté amontonar mis escombros, para reconstruirme. Quitando cascotes conseguí aflojar un poco la cinta enroscada en brazos y piernas, la que me atenazaba el cuello mientras el público aplaudía. La bola brillante que lanzaba y recogía con más desenvoltura que nadie, la misma a la que un buen día le creció una cadena y se adosó a mi pie, poco a poco, con paciencia de junco adiestrado serré la cadena, hasta liberarme de ella. Pero no sirvió de nada, porque unas garras untadas de crema habían prendido en mis tobillos, crecieron, reptaron, habitaban entre mis muslos... Imposible liberarme de ellas.

Llegó el turno a las mazas, las mismas que lanzaba al aire con precisión de cirujano, sabiendo que volverían dóciles a mí, hasta el día que dejaron de obedecer y se estrellaron contra mi infancia, arrasando sueños, pasteles, amigas. El diario que nunca escribí porque al finalizar cada día solo deseaba olvidarlo. Presente sin futuro. Un futuro sin padre confidente, sin chokolatinas en la guantera, con un regusto a ceniza en la boca sin besos. En la cama sin hombre. En el vientre sin hijos. Todo ahogado en mi naufragio, en este mar de rechazos y renunciadas que es mi vida. Me educaron para sobrevivir con muy poco, pero un hijo... ¡Qué falta me hace un hijo! Imposible. El asco y la vergüenza quedaron instalados en un punto remoto, como fantasmas que a menudo se remueven y recuerdan que están ahí, crecen y lo llenan todo. Mis entrañas están llenas de derrotas, las mías y las de papá.

La niña junco, ya mujer, sigue plantada a orillas de la vida viéndola pasar, siempre igual, siempre distinta. Creciendo a la sombra. Deseando meterme en el agua, chapotear y reír, mancharme de barro, pero no consigo meter ni la punta del pie, siempre alerta, tensionada, con la mente y la espalda incrustadas contra los baldosines de un vestuario. Y siento frío. Un invierno perenne se instaló en la columna del junco famélico, aplastado por un peso enorme. El peso que me ha hundido en la soledad que acompaña a la culpa. Culpable de nacer dúctil y esbelta.

Culpable de nacer.

Culpable.

“Cuando abrí el periódico, el monstruo todavía seguía allí”.

“Lxxxx Nxxxxx, cumple pena de 60 años por delitos de pornografía infantil, ha pedido perdón por haber ‘destruido emocionalmente’ a sus víctimas.

Prensa digital. 20-01.2018”.

captura de pantalla  
error de conexión  
un beso despues de un "te quiero"  
Lucía y Ana



## Segundo Premio

### *Los ángeles duermen en Treblinka*

#### Manuel Povedano Bruque\*

Era el mismo cielo, el mismo azul intenso del verano entreverado por ligeros jirones blancos a un lado y otro del muro. Dos mundos muy diferentes que se daban la espalda y a veces se rozaban tímidamente la mano, separados por tres metros de ladrillo que podían significar la esperanza o la indolencia ante un futuro incierto.

¡Qué distinta fluía la vida dentro del gueto! Jozef se negaba a dejar de ser una persona, a reptar por las calles mugrientas mendigando un trozo de pan, a ser un alma maldita entre la muchedumbre que se entrechocaba en la búsqueda de la razón perdida que diera explicación al sinsentido de su existencia. ¿Eran hombres? ¿Eran mujeres? Los nazis almacenaban en su putrefacta psique tanta inquina, resultado del odio infiltrado al pueblo durante siglos desde las élites antisemitas, que se materializó en virtuosísticos métodos de tortura destinados a aniquilar cualquier parecido que aún guardaban los judíos con el género humano. Los aislaron por completo del mundo, el mismo mundo que apartó la mirada con indiferencia para que no le salpicara el horror, permitiendo que, con el paso de los años, se fueran desdibujando sus rostros y consumiendo sus cuerpos en medio de aquella incertidumbre sin fin.

Jozef, aunque compartía su misma sangre, se consideraba mejor que todos aquellos miserables que se morían en las calles sin que nadie reparara en ellos. A él le quedaba aún dignidad y, a pesar de doblegarse a los alemanes, aguantaría lo indecible, aunque eso significara granjearse el odio y el miedo de los suyos. En tiempos desesperados los escrúpulos son síntoma de debilidad.

Altivos y orgullosos a pesar de ser presos como él, los poderosos caídos, apenas un puñado de privilegiados entre medio millón, intentaban representar, en una burda interpretación traicionada por sus ojos vacíos, que no sucedía nada, que el mundo seguía girando pese al declive de su raza. Sin embargo, los zlotys ocultos no les evitarían la salida desde *Umschlagplatz*, solo harían la espera más cómoda..., menos agónica.

Jozef tenía los bolsillos vacíos, pero estaba lleno de ganas de vivir. Aguantaría a toda costa para salvarse él y proteger a los suyos. El *Judenrat* le brindó la posibilidad de engrosar la lista de los elegidos pese a no ser un joven burgués, aunque carecía de formación policial y de diplomacia. Supieron ver en el joven judío algo de lo que ni él mismo era consciente: la total ausencia de empatía hacia el dolor ajeno.

\* Manuel Povedano Bruque nació en Granada el 23 de junio de 1970 y reside en Madrid desde 1988. Diseñador de Interiores por la Escuela de Artes Decorativas de Madrid y licenciado en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid, su vida profesional se ha movido entre el diseño de interiores, el estilismo, el escaparatismo... Durante un tiempo colaboró con la Editorial Hachette Filipacchi realizando artículos de viajes, salud, gourmet y entrevistas y desde hace unos años se ha centrado en su pasión por contar historias. Fue galardonado con el Premio Café Compás de Valladolid en su XXI edición por el relato *Los sonidos de la noche*.

Al inspector John Altman, tras más de 40 años de carrera dentro del cuerpo de Policía de Nueva York, le ha sido concedida la medalla de honor de la ciudad. El próximo enero, si para entonces ha despertado, tal y como aseguran los médicos, recibirá la condecoración de manos del alcalde en el *Winter Garden Atrium*. No se le concede la medalla por su impecable hoja de servicios, lleva ya dos años jubilado, ni por ser uno de los pocos supervivientes del gueto de Varsovia, héroe polaco que decidió iniciar una nueva vida en Estados Unidos tras acabar la guerra. Altman recibirá ese gran honor por haber salvado la vida a cientos de niños al enfrentarse a un perturbado armado que irrumpió una mañana en el colegio de su nieta. Llevar a la pequeña Lisa todos los días al colegio de *Denton Avenue* fue uno de los grandes placeres que le proporcionó su jubilación, algo que no pudo hacer con su madre cuando era niña. En realidad, compartió pocos momentos con unos hijos que, mientras los años se sucedían imparables sin que él fuese apenas consciente, se convirtieron en unos desconocidos con los que compartía el mismo techo, pero de los que no sabía casi nada salvo ligeros esbozos de unas vidas dibujadas por una esposa abnegada. Su trabajo abrió una brecha emocional entre ellos que los reproches silenciados hacían muy difícil cerrar.

Su esposa Mary mostraba con gran satisfacción, a todo aquel que pasaba por su casa, la noticia acompañada de una fotografía de su esposo en la portada del *The New York Times*. Nunca estuvo tan orgullosa de él como lo estaba ahora... Bueno, para ser exactos, sí lo estuvo cuando eran solo un par de jóvenes que iniciaban con mucha ilusión, y pocos recursos, una vida en común llena de incertidumbres y sobrevolada por los oscuros traumas que marcaron la vida de su marido y que no supusieron una barrera en su superación diaria para sacar adelante a su familia. Pero después todo cambió.

A lo largo de su dilatada convivencia le había perdonado las ausencias constantes, la frialdad de los últimos años y un hermetismo emocional en el que jamás consiguió penetrar. A veces le miraba en su butacón mientras leía el periódico y analizaba detenidamente sus facciones: su nariz aguileña, su frente prominente, su cabello canoso... y lo sentía como un extraño tras 40 años de matrimonio. Les separaba el sufrimiento. Una católica irlandesa era incapaz de asumir el sufrimiento padecido por un judío polaco tras la invasión alemana de Polonia. Por supuesto que estaba al tanto de las atrocidades de los nazis, todo el mundo conoce lo que acaeció con aquella maldita guerra, pero no por sus palabras. Los dolorosos recuerdos jamás fluyeron verbalizados por sus labios sellados, se los guardó para sí como si nunca hubieran acontecido, como si solo él tuviera derecho a padecer en secreto el azote del tormento incomprendido.

Ni padre ni madre ni hermanos ni tíos. Ningún familiar directo sobrevivió. Era el último eslabón de una larga cadena que se sumergía en las profundidades de los siglos hasta Sefarad y la Rusia medieval; el último guardián de los recuerdos ajenos, único patrimonio heredado de su sangre, que morirían con él sin dejar huella alguna en sus vástagos. El tiempo del lamento desgarrado, el duelo necesario para la recuperación del equilibrio emocional, nunca llegó. Ni siquiera medio siglo después. El duelo es necesario para cerrar las heridas.

Está fuera de peligro, pero se niega a abrir los ojos. Todos esperan anhelantes que abandone el sueño mortecino, que decida regresar sin sucumbir a los encantos de Azrael en los límites del cielo y el inframundo. Tal vez sea decisión propia, tal vez le toque ya

descansar y devolver el tiempo robado a tantos otros. Las deudas se pagan tarde o temprano..., aunque los dichos y refranes puede que no estén en lo cierto: no siempre se paga todo en esta vida.

Una mirada extraña busca por los immaculados pasillos la habitación del señor Altman. Nadie la ha invitado y nadie parece reparar en su presencia. En el bolsillo izquierdo de su gabardina aprieta algo con fuerza, un objeto preciado que le infunde la energía necesaria para estar allí. El recuerdo la mantiene con vida. Se prometió a sí misma que no se permitiría el privilegio de olvidar y gracias a los recovecos oscuros de la memoria reconoció esos ojos vacíos en aquella fotografía de la prensa. El tiempo los había desdibujado en un intento de apaciguar su dolor, rebelándose contra su voluntad inquebrantable, pero Zivia tiró del hilo de Ariadna en un intento de recuperar las remembranzas de su juventud y evocó aquellos ojos hasta hacerlos encajar sobre los impresos en el papel del periódico como la pieza del puzle perdida que completa el eterno incompleto.

Pagó muy caro los desplantes, las negativas y el rechazo hacia un dudoso amor al que no correspondía. Un sentimiento tan vil como el despecho ensombreció aún más sus oscuras vidas. Casi cincuenta años después se le seguían abriendo las entrañas al recordar a sus hermanos enredados en una maraña de pequeños cuerpos temblorosos en aquella carreta que partía hacia un destino no tan incierto. Jozef podía haber seguido adelante, ya se había cobrado suficientes almas aquel día; pero la tos ahogada del pequeño Henryk, tras una falsa pared del salón, le hizo volverse. Esos segundos de incertidumbre, en los que Jozef recorría con su mirada de nuevo cada rincón, se le hicieron eternos, se congelaron en su mente de tal forma que años después, en los momentos de transición entre la vigilia y el sueño, regresaba a ellos y se volvía a ver allí de pie esperando un desenlace muy diferente. Pensaba que quizás los ignoraría por ella, que haría un excepción con aquellos niños que tantas veces se sentaron en sus rodillas. ¡Qué equivocada estaba!

Podía haber escogido, entre los condenados algunos disfrutaban de pequeños privilegios, pero no quiso hacer uso de ellos con Zivia. Desde el momento en el que se giró y se cruzaron sus miradas supo que estaba a punto de recibir el castigo por ser fiel a sus principios, por su voluntad inquebrantable. No le importó perder la dignidad ante él si con la súplica hubiera obtenido una segunda oportunidad para los pequeños. Por desgracia, con ello alimentó aún más el sadismo del que espera sigiloso el momento de la venganza. Era imposible olvidar esos ojos indiferentes a la piedad, aunque hubieran pasado mil años.

John se encuentra aún medio adormilado cuando repara que en su habitación no están Mary ni sus hijos, tan solo una desconocida que le observaba de pie junto a la puerta. De inmediato recordó a aquel joven subiendo por la escalinata del colegio con un fusil de asalto entre sus manos. Hizo lo que cualquiera hubiera hecho por proteger a su nieta, su vida suponía un precio muy bajo a pagar a cambio de la de Lisa y los otros niños. Pero aún la conservaba. Desde que era solo un muchacho en Varsovia, y más tarde como policía, la muerte había sido una fiel compañera de vida que le acarició en innumerables ocasiones sin terminar de darle el definitivo abrazo. Esta vez, como otras tantas, solo quiso alborotarle el pelo como a un niño travieso... Quizá fuera el último aviso.



captura de pantalla  
error de conexión  
encuentro semanal de amigos  
Lola, Mariano, Beltrán y María

—¿Es usted la doctora? -preguntó John algo desorientado.

Zivia había soñado multitud de veces con la llegada de este momento, tenía estudiadas mentalmente todas las palabras que articularía metódicamente tratando de no perder los nervios. Sin embargo, a la hora de la verdad, se desordenaron sus pensamientos como cuando sus apuntes del conservatorio eran arrastrados al suelo por una bocanada de aire y ella se arrodillaba excitada ante un intrincado mar de palabras que se extendían inabarcables ante sus ojos perdidos. Adoraba su primer chelo. En su memoria representaba los años de libertad y de infancia feliz. Su venta supuso un antes y un después en su adolescencia: la pérdida de una vida tal y como la había conocido hasta ese momento y la muerte de la ingenuidad infantil que terminó con el descubrimiento de la mezquindad de los adultos.

Es él, sin duda. Aunque el hombre que tiene ante sí, sin su resplandeciente uniforme de policía judío del gueto, extraño símbolo de orden entre una infinita masa humana cubierta de harapos, es un hombre muy distinto al que recordaba. Jozef ya no aparenta ser el peligroso policía que fue ni el ambicioso compañero de estudios que la cortejaba ni el muchacho supuestamente honesto que estrechó las manos de aquellos que más tarde arrastraría hasta los puntos de embarque para las deportaciones. Ahora solo es un hombre a las puertas de la ancianidad que la observa curioso esperando una respuesta.

—Eres un héroe Jozef. ¿Lo sabes verdad? -acierta a decir por fin Zivia, sin saber si es eso lo que realmente quiere decir, desconcertada por escuchar salir de sus labios unas palabras tan banales y tan diferentes de las que había repetido frente al espejo esa misma mañana.

Inmediatamente cambia el semblante de John de la curiosidad al desconcierto. Desde el final de la guerra nadie le había vuelto a llamar por ese nombre. Le resulta extraño volverlo a escuchar en polaco. Se había encontrado durante todos estos años a multitud de compatriotas supervivientes de la *shoá*, pero el acento varsoviano de aquella mujer le resultó dolorosamente familiar. En Europa trató de abandonar sus recuerdos y su identidad. Creyó que toda la gente que conoció sucumbió en los *lager* o bajo los escombros de la ciudad extinta. Fue entonces cuando decidió enterrar a Jozef Rumkowski y emprender una nueva vida como John Altman. No obstante, cada segundo de esa vida nueva lo vivió bajo el yugo de la verdad callada, temeroso de que los fantasmas del pasado retornaran de las entrañas del falso olvido a rendirle cuentas.

¿Quién es ese espectro del pasado? Escruta temeroso el rostro maltratado por incontables arrugas que tiene ante sí. Intenta reconocer, sobre las marcadas bolsas que descansan en sus mejillas, los oscuros ojos que, implacables, se clavan sobre los suyos aguardando una respuesta que él aún ignora. Espera unos segundos que se hacen eternos hasta que le parece ver, como si de una ensoñación se tratara, a la bella Zivia apoyada en el marco de la puerta de su casa de la calle Leszno mientras él y otros compañeros del Servicio de Orden Judío registraban las habitaciones buscando a sus hermanos con el único fin de hacerle el mayor daño que jamás pudiera sentir.

—¡Zivia! -exclama John.

Su nombre se escapa de sus labios como una exhalación. Duda que sea real, la última vez que corrió en su búsqueda encontró el edificio envuelto en llamas en los atroces días de la destrucción del gueto de Varsovia. La dio por muerta, como a la práctica totalidad de la resistencia, los únicos que no quisieron morir en los campos de concentración pero que terminaron sus días luchando entre las ruinas de una ciudad fantasma. Sobre su conciencia pesó todos estos años su muerte, la de sus hermanos y la de tantos otros, pero al verla sintió un ligero alivio y a la vez un miedo aterrador, como quien se encuentra frente a las almas de aquellos que vienen a rendirle cuentas a las puertas de la muerte.

Zivia encuentra rápidamente las palabras perdidas en su mente:

—Deseaba volver a tenerte alguna vez ante mí y a la vez esperaba que estuvieras muerto. Te busqué entre miles de rostros con la esperanza de no encontrarte nunca y quiso el destino que aparecieras en la portada de un periódico como el salvador de los niños. ¿Paradójico, verdad? Gracias al señor Altman todos esos niños podrán tener un futuro. Volvieron a los brazos de sus padres, que por un breve instante dudaron que pudieran haber perdido la vida a manos de un loco. Con toda seguridad los minutos más terribles de sus vidas. Esa noche durmieron tranquilos en su hogar, al calor de sus seres queridos, y al despertar apenas recordaron lo sucedido, se diluyó en sus sueños quedando en su memoria como una aventura adornada con los años, como una pesadilla casi olvidada - Zivia consigue retomar fuerzas y habla sin pausa, evitando que Jozef pueda interrumpirla ahora que tiene perfectamente claro todo aquello que le quiere decir-. Pero dime, Jozef: ¿dónde duermen las pequeñas almas que arrancaste de las calles del gueto? ¿Dónde duermen mis hermanos?

Jozef no puede contestar, sus ojos cansados la miran incrédulo, dudando si es real o aún permanece dormido. Apenas abre los labios, mientras se toma tiempo para buscar la respuesta adecuada, continúa Zivia sin dejarle hablar:

—Te lo diré yo: esos ángeles duermen en Treblinka, aún esperan que se les haga justicia, que se les rescate del olvido. La mayoría desaparecieron sin que nadie llorase su ausencia, sus nombres no aparecen fundidos en letras de oro en ningún memorial porque nadie los recuerda. Tal vez alguno podría haberse salvado como lo hicimos nosotros; aunque solo uno de ellos lo hubiera conseguido habría merecido la pena. Pero tú les negaste esa oportunidad.

John se incorpora en la cama, hace un tremendo esfuerzo por levantarse, pero no puede, su cuerpo está encadenado al suero. A punto de llorar como no lo había hecho en años, con los ojos enrojecidos, intenta explicarse:

—Ya no somos los mismos de entonces Zivia. Me he odiado durante todos estos años por muchas de las cosas que hice. Aquel Jozef tomó decisiones que nunca habría tomado en una ciudad justa, libre y sin odio. En aquellos años todos éramos víctimas, vivíamos en un mundo rodeados por un muro de irrealidad en el que tratábamos de luchar por sobrevivir. Cada día que le robaba a la muerte debía pagarlo con otra vida. ¡Era pura supervivencia! ¡Yo también era un crío! -según dice esas palabras se da cuenta de lo vacías que suenan sus excusas-. A tus hermanos los protegí muchas veces, hasta que el tiempo se nos acabó. Tenía orden de entregar a los no productivos, si no hubiera sido yo



hubiera sido otro el que habría completado su cupo con ellos. No teníamos elección, debíamos entregar a los niños si no queríamos que acabaran con todos nosotros.

Jozef sabe en su interior que sí tuvo elección. Ya se marchaba de casa de Zivia, estaba dispuesto a irse con las manos vacías, a aplacar su rabia de otro modo, a perdonarla por ese día. Pero aún no sabe por qué, se volvió al escuchar un sonido casi imperceptible, unos ruidos que podía haber ignorado, que solo él oyó. Pasado el tiempo se maldijo por su ira incontrolable, por su sed de venganza, por no haber salido de esa casa sin cumplir con sus siniestros planes, por haber añadido dos inocentes más a una lista que ya hacía mucho que estaba completa con cientos de huérfanos de la calle.

Zivia es perfectamente consciente de que le miente y que trata de engañarse. Saca del bolsillo de la gabardina un pequeño brazaletes blanco con una estrella de David bordada y le dice a Jozef mostrándolo:

—Es lo único que me queda de Halina. ¿Recuerdas cómo se aferró a mí mientras intentabas arrancármela de mis brazos? Ni siquiera me di cuenta de que lo tenía en mis manos hasta horas después, cuando fui capaz de levantarme del suelo y asumir que jamás volvería a verlos -el dolor del recuerdo hizo que se le cortara la voz, pero tomó fuerzas para continuar-. Jozef Rumkowski, siempre hay elección. Fueron muertes inútiles. ¿Acaso conseguiste salvar a tu madre y hermanos? Solo te salvaste tú, el que menos lo merecía -ahora es la rabia la que habla por ella-. Todos van a saber quién eres en realidad, quién es el héroe de Denton Avenue: un miserable que envió a los suyos a la muerte para salvarse.

John presiente que su mundo se puede venir abajo. Si pudiera, mataría con sus propias manos a aquel muchacho que no le ha permitido ser feliz los últimos cuarenta y cinco años. Aunque quiso olvidarlo, Jozef no desapareció del todo en Varsovia, tan solo lo arrinconó en un lugar oscuro de su corazón para darse la posibilidad de ser un hombre capaz de amar, de hacer el bien por los demás, de redimir el horror de unos actos que le siguen acompañando ante la incapacidad de perdonarse. A la desesperada implora a Zivia:

—¡Escúchame, por favor! Nunca fue mi intención que las cosas terminaran así. No ha habido un solo día en mi vida que no me haya arrepentido de vivir, de haber ido a tu casa aquel día, de haber...

Zivia le interrumpe:

—A mí no me tienes que convencer de nada Jozef, yo no quiero tus explicaciones. ¿Estaba allí lo recuerdas? Conocía muy bien cómo funcionaba el *Judenrat*. Unos acataban órdenes de la SS, incluso parecía que las ejecutaban con placer, y otros como Czerniaków prefirieron terminar con su vida antes que continuar sacrificando a su gente. Sé perfectamente cuáles fueron tus intenciones. ¿Serás capaz de explicárselo a tu mujer, a tus hijos, a tu pequeña nieta?

Zivia guarda el pequeño brazaletes de nuevo en el bolsillo y abandona la habitación. Tras ella resuena en el pasillo la voz de Jozef gritando su nombre, llamándola en vano.



captura de pantalla  
error de conexión  
charla entre hermanas  
Patricia y Lina

Una llamada de teléfono de su hija hace llegar a Mary la buena nueva: “¡Papá ha despertado!”. Tras una breve conversación, y con acusada frialdad, cuelga el teléfono y permanece unos minutos pensativa con la mirada fija en las dos tazas de café que continúan llenas sobre la mesita. En el aire persiste aún el aroma dulzón del perfume de su inesperada visita. Es lo último que querría hacer en ese instante, pero debe ir al hospital. Antes se tomará su tiempo para que la rojez de sus ojos desaparezca.

Adele avisa a las enfermeras muy excitada, su padre parece recobrar la conciencia. Han sido unos días durísimos para todos, especialmente para ella. Si aquella mañana hubiese acompañado a Lisa al colegio cualquier otra persona en vez de su padre todo habría sido muy diferente. Aquellas setenta y dos horas interminables había deseado que abriera los ojos y la mirara, abrazarlo, compensarle por los reproches, darle por primera vez en su vida las gracias. Sentía remordimientos por no haber confiado en él cuando se ofreció a recoger a la pequeña todas las mañanas, por ofrecerle una ayuda que ella consideró interesada, un intento inútil de reparar el pasado.

John la observa con la mirada perdida, parece buscar en la habitación a alguien más. Adele le coge de la mano y se la aprieta muy fuerte. Le habla de Lisa, de lo orgullosa que se siente de su abuelo, de lo preocupados que han estado por su herida, de la medalla... Pero él no parece escucharla, se revuelve inquieto en la cama. Finalmente le pregunta:

—¿Dónde está la mujer que vino hace un rato? ¿Ha hablado con vosotros?

Adele no entiende de qué mujer le hablaba. Allí no había ido ninguna mujer. Piensa que estará confundido por la conmoción. Aun así, quiere responderle, eludir sus preguntas no le ayudará en nada.

—Papá, no te hemos dejado solo ni un minuto, aquí no ha venido ninguna mujer.

John no dice nada, prefiere dejarlo estar. No quiere provocar más a los fantasmas del pasado.

Esa tarde el pasillo del hospital se le hace mucho más corto que los días anteriores. A cada paso necesita hacer una pausa para retrasar lo máximo la llegada a su destino. Las enfermeras se cruzan con ella y le dedican una sonrisa, algunas incluso la felicitan por la fortuna de compartir una familia con un hombre tan maravilloso. Mary procura sonreír, pero no puede y se esfuerza en eludir las innumerables manifestaciones de afecto de la forma más cordial posible.

Cuando solo le quedan un par de metros para llegar hace una última parada, saca de su bolso un pequeño brazalete con la estrella de David y se lo lleva a los labios mientras aprieta los párpados en un empeño por contener las lágrimas. Respira profundamente e intenta que su rostro eluda los reproches de su alma. Ensaya una sonrisa en el reflejo de un cristal a través del cual una enfermera la observa sin que ella repare en su presencia. A partir de ahora será mucho más difícil fingir que no pasa nada. Desveladas las dudas, confirmadas las sospechas, abofeteada por la verdad, moldeará su dolor hasta desfigurar su apariencia y continuar construyendo una felicidad ficticia que apunte su frágil mundo.

Al llegar a la habitación, desde el otro lado de la puerta, le llegan los sonidos de los suyos: la familiar musicalidad de las discusiones fraternales, las risas de sus nietos..., el plúmbeo silencio del que calla la vergüenza. Todo cuanto encierra esa habitación es todo cuanto posee, es tarde para empezar de nuevo.

Mary guarda en su bolso el brazalete que aún estrujaba en su mano, lo aprieta con tal fuerza que las uñas se le han quedado marcadas en la palma. Abre la puerta y sonríe ante la idílica composición familiar en torno a su esposo. Todos corren hacia ella envolviéndola en el sordo barullo del que oye, pero no escucha. Mary sonríe con tal intensidad que se le deforma el rostro, hasta le duelen las mandíbulas de tanto apretar los dientes, y, aunque en su interior trata de esquivarla, finalmente termina por encontrarse con la mirada lacrimosa de John. Los ojos de Mary no engañan, ni siquiera el simulado entusiasmo puede empañar la verdad que en ellos se refleja... y él la descubre. Pero no se dirán nada, seguirán adelante como todos estos años repletos de silencios. El destino ha querido regalarle unos años más.